

Aún en estos tiempos en los que prácticamente nada asombra, en la medida en que todo, o casi todo, ha sido previamente conocido por el hombre a través de las nuevas tecnologías de la comunicación, hay ciertas maravillas de la naturaleza que siguen despertando el asombro del hombre cuando se acerca a ellas. Una de esas maravillas es la montaña del Teide en la isla de Tenerife. Su imagen se ha visto miles de veces por todos lados, muchas de ellas han viajado alrededor del mundo, pues es el reclamo fotográfico preferido por el turista en las islas Canarias, es el tema dominante en las tarjetas postales, incluso publicitario en un gran número de empresas de Tenerife. Pero a pesar de todo, el Teide nunca será imaginado bien por quien no lo haya contemplado en la realidad desde cualquiera de los ángulos posibles. El Teide estaba irremediablemente destinado a protagonizar un papel de primer orden en la historia cultural y científica de Europa y de Canarias, pues no en vano fue aclamado y estudiado por los más destacados viajeros, navegantes y naturalistas europeos.

Una historia que bien pudo haber comenzado en la época clásica, si consideramos que las referencias de algunos autores grecorromanos al Atlas pudieran haberse referido a él.

Los fenicios visitaron, entre otros muchos lugares, las islas Canarias. Allí les apareció el Pico de Tenerife, que, aparte de su altura real, se mostraba más elevado por alzarse con cierta pomposidad de la superficie del mar por encima de las nubes. Por mediación de las colonias que los fenicios establecieron en Grecia, los griegos tuvieron noticias de esta montaña tan elevada por encima de las nubes, como de las islas Afortunadas. Las tradiciones fenicias se propagaron con los cantos de los bardos, pueblos con los que había comercializado, y llegó hasta Homero. Homero habla de un Atlas que conoce todas las profundidades del mar, y sustenta las grandes columnas que separan el cielo de la tierra; pinta los Campos Elíseos como una deliciosa comarca situada al occidente. En términos parecidos se expresa Hesíodo acerca del Atlas y le supone vecino de las ninfas Hespérides; coloca los Campos Elíseos en el límite occidental de la Tierra y los llama islas de los Bienaventurados. Los poetas que siguieron pusieron nuevos adornos sobre estos mitos del Atlas, de las Hespérides, de sus manzanas de oro, de las islas de los Bienaventurados, morada prometida al hombre justo para después de su muerte, y enlazaron con esto las expediciones de Melicerto, el Hércules griego, adorado entre los sirios como el dios del comercio.

Sólo muy tarde fue cuando los griegos comenzaron a rivalizar, como navegantes, con los fenicios y los cartagineses. Es verdad que visitaron las costas del océano Atlántico, pero parece que no se aventuraron en ellas, y es casi seguro que nunca vieran las islas Canarias y el Teide. Las tradiciones populares y los poetas representaban el Atlas como un monte muy alto, situado en el extremo occidental de la Tierra, y creían que debían de buscarlo en la costa occidental de África. Allí lo colocaron los geógrafos posteriormente Estrabón y Ptolomeo entre otros. Sin embargo, como no se encontraba montaña ninguna aislada de grande elevación en la parte noroeste de África, hubo mucha dificultad para determinar de manera precisa la verdadera posición del Atlas, y ya se le buscaba en la costa, ya en el interior del país; algunas veces se le suponía próximo al Mediterráneo, otras se le tenía por más hacia el Sur. En fin, en el siglo primero de la era cristiana, cuando los ejércitos romanos penetraron en el interior de Numidia y de Mauritania, prevaleció la costumbre de dar el nombre de Atlas a la cadena de montañas que atraviesa el África septentrional de Oeste a Este en dirección casi paralela a las costas del mar Mediterráneo. Plinio y Solino se dieron cuenta de que las descripciones del Atlas hechas por los poetas griegos y romanos no correspondía a dichas montañas, y creyeron firmemente que el Atlas de Homero y de Hesíodo era el Pico de Tenerife, el Teide.

Pero la visión imaginaria del Teide se disipó con las primeras visitas de los europeos en la Edad Media. Los primeros viajeros pusieron de manifiesto el temor que les producía la contemplación del Teide desde la nave, en consonancia con el terror y la superstición que se tenía a las montañas en la época. El veneciano Alvise Cadamosto en 1455 destacó el carácter violento del Teide por sus permanentes emanaciones de gases sulfurosos y fumarolas procedentes del interior del cráter, razón por la cual los aborígenes locales lo llamaron Echeyde (*Infierno*) y en la cartografía y literatura antiguas a Tenerife se le denominaba “Isla del Infierno”. El Teide fue, pues, identificado como uno de esos lugares que los mercaderes y viajeros no se atrevían a desafiar. El Teide en sí mismo provocaba una imagen tenebrosa, causaba pánico. Una percepción mítica heredada de los antiguos habitantes de la isla (los guanches), para quienes el Teide tenía una carga religiosa: era un lugar de horror, ya que sus erupciones eran señales de la furia generada por el Maligno Guayota, el dios-malo que habitaba en su interior e identificado así con los infiernos y el dios de los muertos. El Teide se había recubierto de un carácter demoníaco. Imágenes que perduraron entre los naturales bastante tiempo, incluso a lo largo del siglo XVIII, pues salvo los «extranjeros y algunos pobres de la isla que se ganaban la vida recogiendo azufre» los naturales de Tenerife se interesaban muy poco por el Teide, según afirmó George Glas en 1761.

Quizás por eso a los viajeros y mercaderes extranjeros les debemos las primeras incursiones exploratorias ya que para ellos el Teide actuaba como un poderoso imán para su exploración y seducía la idea de alcanzar su cima. Los viajeros foráneos desafiaron a los naturales isleños que habían vivido temerosos de la montaña de Tenerife, sin aventurarse a escalar sus laderas ni subir hasta su cima.

En el siglo XVI se llegó a creer que en el Teide yacía oro, plata y otros minerales. El protagonismo del oro y la plata se habían extendido por todos los países europeos y su obtención resultaba decisiva en los comienzos del capitalismo. Con el descubrimiento de las minas en América comenzó a suministrarse oro y plata a Europa, la búsqueda de los preciados minerales ocupó la atención de comerciantes y navegantes. Se les conocían como los buscadores de “oro de volcán”. Gonzalo Fernández de Oviedo, uno de los más famosos cronistas de Indias, ascendió el volcán Masaya (Nicaragua) en 1529 en busca de oro. El Teide ocupa el mismo lugar que ocupaban las montañas de las Américas. Se creía que en él había oro.

Pero en el siglo XVII se apagaron esas vagas especulaciones. Un conocimiento mucho más natural, “científico”, comenzó a ser desarrollarse. El Teide se proyectó como una montaña a investigar con fines comerciales. El mercantilismo también comportaba una demanda considerable de materias primas. Su necesidad supuso por lo tanto una firme apuesta por el conocimiento de la naturaleza como una parte integrante de la formación de la riqueza nacional y del ritmo de crecimiento del mercado capitalista. El espíritu emprendedor y explorador de los ingleses va a facilitarles la tarea. Contribuyó a ello también la familiaridad de las islas entre los viajeros, factores y residentes ingleses. Las compañías mercantiles y los comerciantes ingleses estaban estrechamente conectadas con la investigación de la naturaleza, pues desde el primer momento comprendieron que los problemas de la navegación y el desarrollo de la agricultura dependían del avance de las ciencias. Se fundaron sociedades, respondiendo a las nuevas actitudes culturales, intelectuales y psicológicas surgidas a raíz de los descubrimientos.

Es en este contexto cuando el estudio de la naturaleza terrestre y muy especialmente la génesis de los volcanes adquieren protagonismo. Según la mentalidad de la época, la tierra y las montañas eran aspectos de la naturaleza a estudiar, pues en ellas se encontraban los elementos y minerales que marcan el ritmo del progreso. En

sus interiores se encerraban los tesoros que el hombre estaba llamado a descubrir. Y fue precisamente el Teide, el *Pico de Tenerife*, el punto más elevado de la Tierra la primera de las montañas volcánicas que llamó la atención. En él se encontró azufre y, por añadidura, nitro, elementos íntimamente relacionados con la teoría de la combustión y la pólvora, y el primero se combinaba con el carbón para hacer pólvora para las armas de fuego. Comenzó el envío para la España peninsular.

El hecho de encontrarse Canarias en el camino obligado de las embarcaciones transoceánicas favorece el paso por sus aguas de las embarcaciones y de las grandes expediciones científicas, momento en que algunos navegantes del siglo XVIII aprovechan la escala en Tenerife para realizar la ascensión a la montaña. El interés por las altas cimas y por la naturaleza en general se había despertado entre los europeos, muy probablemente influenciado por la obra de Jean-Jacques Rousseau, en la medida en que puso de moda la naturaleza. Jean Charles Borda, Jean La Pérouse, Jacques La Billardiére, Nicolás Baudin, Pierre Cordier, Antoine D'Entrescasteaux, Bory de Saint-Vincent, Charles Deville, son algunos de los más distinguidos excursionistas. Esto era sólo el principio. La ascensión de las montañas se había convertido en uno de los mayores placeres en el hombre del Siglo de las Luces. Nacía el concepto de aventura, el espíritu del romanticismo. En las montañas no se encontraban los seres diabólicos ni dioses, ni el Dorado ni el oro –aunque en 1834 Jacques Balmat creía que en el macizo de Tenneverge existía una mina de oro- ni nada por el estilo, sino la sensación de felicidad y placer por conseguir la ascensión hasta su cima, a pesar del esfuerzo y el riesgo que suponía. En octubre de 1792, siguiendo el camino usual para ascender el Teide, John Barrow y sus compañeros (los doctores Guillan y Scot y un Hamilton) luchaban contra el viento y la lluvia, y sin poder alcanzar la cima retrocedieron por el peligro de muerte que yacía sobre ellos. Más suerte tuvo su compatriota Joseph Jekyll que en abril de 1791 logró ascender hasta la cima, aunque con muchas dificultades porque los posibles *guías* rehusaban acompañarle en esa estación del año.

Pero al mismo tiempo, la naturaleza y la montaña en el siglo XVIII también deviene objeto de interés científico. Era importante para la navegación por el uso que los marinos hacían de los ángulos de altura, así como para cartografiar correctamente las Canarias. En 1724 el astrónomo y botánico Louis Feuillée, francés hijo de un experto viajero científico que había colaborado con Jacques Cassini como perito hidrógrafo, midió la altura del Teide y el resultado fue de 2.624 toesas francesas (5.106, 30 metros). Un cálculo erróneo. Será otro francés la que mida la altura correctamente, Jean Charles Borda, en su segunda expedición (1776). Usando medidas trigonométricas obtuvo un resultado mucho más ajustado a la realidad, 1.905 toesas francesas (3.713 metros), un error de 5 metros solamente. Pero con su estudio científico de la montaña también se pretendía aportar luz para contestar a muchos problemas “científicos” como los orígenes de la Tierra, la formación del relieve, la composición y estructura vertical de la atmósfera, el estudio de los seres vivos en latitudes, entre otros

Dar respuesta a todos estos problemas planteados a los naturalistas del siglo XVIII fue uno de los objetivos de Alexander von Humboldt. Sin duda, el más importante naturalista que visitó el Teide en el siglo XVIII, que eclipsaría al resto de los viajeros. El viaje emprendido por Humboldt desde 1799 hasta 1804 hacia tierras hispanoamericanas y narrado en su libro *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* fue una expedición de suma importancia, pues fue el que le sirvió a Humboldt para su futuro establecimiento de las bases científicas de la geografía vegetal.

Todo empezó en abril de 1798. Humboldt decidió irse a dar con su hermano Wilhelm que se encontraba en París. En aquellos momentos se estaba planeando en la capital francesa un viaje alrededor del mundo dirigido por Louis-Antonie de

Bougainville. Humboldt fue invitado a tomar parte. Sentía una gran admiración por el gran explorador francés y la idea de viajar con él le fascinaba. Sin embargo, Bougainville tenía 70 años y como el viaje duraría unos cinco, el veterano almirante fue sustituido por Thomas Nicolás Baudin. La expedición de Baudin fracasó como consecuencia de los efectos de las guerras napoleónicas. Humboldt vio frustrado sus deseos y Sudamérica y las Antillas quedaban aún lejos de su alcance. Pero durante la elaboración del proyecto expedicionario conoció a Aimé Goujaud Bonpland, un médico y botánico francés cuatro años más joven que él. Entre los dos jóvenes naturalistas comenzó una amistad leal que se proyectará hasta el final. Ambos decidieron ir a España para, desde Cádiz o Cartagena, dirigirse a Oriente. Sin embargo, se dirigen a Madrid, donde llegan en febrero de 1799. En la capital del reino, Humboldt conoce al barón Forell, Ministro de la Corte de Sajonia en España, hombre de amplios conocimientos de mineralogía e interesado en los progresos de la Ilustración. El barón Forell le presentó a Mariano Luis de Urquijo, Ministro del Exterior y favorito de la reina María Luisa. Éste logró una audiencia con el rey. Humboldt presentó una memoria de su proyecto a la América española y obtuvo del Consejo de Indias dos pasaportes, uno para él y otro para Bonpland. Constituyó una concesión sin duda única, ya que España había seguido la política de mantener alejados de sus colonias a los extranjeros. El mismo Humboldt comentaría extrañado que *nunca se había hecho una concesión mayor a la realizada y nunca el gobierno español había dado muestras de confianza a un extranjero*.

El puerto principal de donde debían coger el barco para Cuba era La Coruña. Aún no habían embarcado, pero parecía que todas sus ilusiones expedicionarias se hacían realidad. Llenos de esperanzas, marchan hacia el puerto gallego en mayo, donde les aguardaba la corbeta *Pizarro*. El General Rafael Clavijo, responsable de los barcos postales a las colonias, los recibió. El General español le prometió a Humboldt que el barco se detendría en Tenerife algunos días, respondiendo a la solicitud hecha por el propio naturalista alemán *para visitar el Puerto de La Orotava y ascender a la cima del pico del Teyde*. Cuando el *Pizarro* comenzó su travesía el 4 de junio Humboldt escribió a su amigo Freiesleben:

¡Que suerte esta!. Pierdo la cabeza de alegría. Parto con la fragata española Pizarro; hemos de hacer escala en las islas Canarias y arribar en la costa de Venezuela y Sudamérica. ¡Que tesoro de observaciones me esperan...!

El sueño de toda su vida se hizo realidad. Comenzó por fin su gran viaje, necesario para adquirir los conocimientos científicos y culturales que le permitiera elaborar el *corpus* de su teoría geográfica.

En Tenerife pudo conocer el Jardín de Aclimatación instalado por el marqués del Nava en 1795, el Drago de Franchy, Sitio Little y el Teide, verdadero objetivo por el cual visitó Tenerife. El ascenso al Teide fue la experiencia científica más importante de Humboldt en Tenerife. Pero mientras ascendía a las Cañadas, explanada donde se erige el Teide, le vino a la mente la idea fundamental de la geografía botánica, que más tarde cogería cuerpo cuando viaja a través de América: los pisos vegetales. Fue el primero en ordenar la vegetación en diferentes zonas de acuerdo a la temperatura decreciente según la altitud. Su célebre esquema de las cinco zonas forestales según la topografía, los microclimas y diferencias de temperatura según altitud constituye una aportación excepcional al desarrollo de la geografía moderna.

De nuevo en Santa Cruz, el 25 de junio de 1799 zarpó el *Pizarro* para tierras hispanoamericanas, con gran pena de Humboldt. La carta que Alexander von Humboldt le envía desde Tenerife a su hermano Wilhelm habla por sí sola.

Querido Wilhelm

23 de junio [1799] por la tarde.

“¡Regresé del Pico ayer, en la noche! ¡Qué espectáculo! ¡Qué gozo! Fuimos hasta el fondo del cráter; posiblemente más lejos que cualquier otro naturalista. Finalmente, fuera de Borda y de Mason, todos los demás han ido sólo hasta el último cono. No hay mucho peligro, pero uno se fatiga por el calor y el frío; en el cráter los vapores de azufre hirviendo agujereaban nuestra ropa y las manos se agarrotaban a 2° Réaumur. ¡Dios! qué sensación a esta altura (1.500 pies); sobre nosotros, la bóveda del cielo azul intenso; viejas corrientes de lava al pie; todo lo alrededor de esta escena de desolación (3 millas cuadradas de piedra pómez) está rodeada de bosques de laureles; abajo, a lo lejos, los viñedos entre los cuales ramilletes de plátanos se extienden hasta el mar, lindos pueblitos sobre la costa, el mar y todas las siete islas, entre las cuales La Palma y Gran Canaria poseen volcanes muy altos, que aparecían por debajo de nosotros, como en un mapa geográfico. El cráter en el cual estábamos no exhala más que vapores sulfurosos. La tierra está a 70° Réaumur. De las laderas sale la lava. También se encuentran los pequeños cráteres como los que iluminaron toda la isla, hace muchos años. Se oyó en esa época, durante dos meses, un ruido de descargas de artillería subterránea y piedras del tamaño de una mano fueron lanzadas por el aire hasta 4.000 pies.

He hecho aquí observaciones mineralógicas muy importantes. El Pico es una montaña de basalto, sobre la cual reposan pizarras porfíricas y de pórfido-obsidiana. En su interior se embravecen el fuego y el agua. Por todas partes he visto hacer erupción de vapores de agua. Casi todas las lavas son de basalto fundido. La piedra pómez está producida de pórfido-obsidiana; poseo fragmentos que están compuestos a medias por dichos elementos.

Hemos pasado una noche al aire libre ante el cráter, bajo la piedra que llaman la Estancia de los Ingleses, al pie de una corriente de lava. Hacia las dos de la mañana nos pusimos en camino hasta el último cono. El cielo estaba completamente estrellado y la noche brillaba con un suave resplandor; pero este hermoso tiempo no debía persistir para nosotros. La tempestad comenzó a rugir violentamente alrededor de la cima, debimos agarrarnos fuertemente a la corona del cráter. El aire ululaba con un ruido de trueno en las gargantas, y un envoltorio de nubes nos aislaba del mundo viviente. Bajamos por el cono, aislados por los vapores como un barco en el mar. Esta rápida transición de un bello y puro claro de luna a las tinieblas y a la soledad de las nubes causaba una impresión emocionante.

*Post-scriptum. Existe en la ciudad de La Orotava un drago (*Dracaena draco*) que tiene 45 pies de circunferencia. En la época de los guanches, hace 400 años, ya era tan grueso como ahora.*

Me voy casi en lágrimas; me hubiera gustado establecerme aquí; y apenas acabo de dejar la tierra de Europa. ¡Si tú pudieras ver esos campos, esos seculares bosques de laureles, esos viñedos, esas rosas! ¡Aquí se engordan los cerdos con duraznos!. Todas las calles hormigean de camellos” (M.S.R.).

Izaremos anclas el 25 de este mismo mes.

La corta estancia del alemán en Tenerife durante el viaje a bordo de la fragata *Pizarro* acompañado del botánico francés Aimé Bonpland para explorar gran parte del territorio de la América del Sur y Central fue trascendental para Canarias. En primer lugar, Humboldt eleva al Teide al mayor pedestal al compararlo con las montañas y volcanes más altos hasta entonces sobresalientes entre los viajeros y naturalistas dieciochescos. En segundo lugar, porque fue el único viajero utilizado en la isla como escaparate con fines turísticos a lo largo de la siguiente centuria. En tercer y último lugar, porque su ascensión al Teide, la teoría de la geografía de la vegetación y la exploración del famoso drago milenario de la casa Franchy en La Orotava, proyecta la curiosidad no solamente científica sino también “turística” de esta parte de las Canarias.

Por otro lado, Humboldt hizo contribuciones importantes en los estudios de la geología, la climatología y especialmente en la geografía botánica al establecer una estrecha relación entre las franjas de vegetación a diferentes alturas y las zonas geográficas. Precisamente, el plan totalizador del estudio de la naturaleza de Humboldt invitó e inspiró a muchos naturalistas a buscar puntos de la ciencia y a visitar Tenerife.

Ningún otro autor tuvo un impacto tan grande entre los viajeros naturalistas y románticos del siglo XIX. En efecto, algunos de los mayores científicos del siglo XIX sintieron esa invitación hecha por el naturalista alemán, pues la influencia que ejerció en el mundo intelectual y científico de la época fue enorme. Sus páginas serían las que más cautivaron a la serie de naturalistas posteriores a él. A su íntimo amigo, el geólogo Leopold von Buch, que escribiría la primera obra importante sobre los fenómenos volcánicos de Canarias, *Description physique des Îles Canaries* (París, 1836), y de cuyos trabajos dieron lugar a la inclusión de términos científicos como es el caso de “caldera”, tan usual en el habla canaria. Además, fue autor de la primera teoría que trataba de explicar la formación de las Cañadas que estuvo vigente hasta bien entrado el siglo XX. Esta teoría, la de los cráteres de levantamiento, también fue aplicada a otras calderas volcánicas. El Teide estuvo en su origen.

El acercamiento a la naturaleza de las montañas, y en particular del Teide, en la segunda mitad del siglo XVIII y primeras décadas del siglo XIX, y las exploraciones en los interiores de África y Asia, acabaron con la imagen mítica de que la montaña de Tenerife era el punto más alto de la Tierra. Pero el Teide siguió siendo admirado porque su imponente y majestuosa vista estaba más al alcance de los viajeros que las colosales montañas que lo superaban en altitud. En efecto, el Teide se presentaba ante los ojos del navegante en todo su esplendor y su mirada lo recorría desde la base hasta la cima. Además, la visibilidad del Teide en la ruta oceánica tenía la ventaja de orientar y corregir la longitud de los navíos. Sin embargo, el Mont Blanc, el Kilimanjaro, el Himalaya y otras montañas superiores en altitud al Teide ya descubiertas estaban en los interiores de los continentes y no estaban al alcance de la vista del observador en el mar.

En el siglo XIX le llegó la hora de la astronomía del Teide con la visita del astrónomo escocés Charles Piazzi Smyth, miembro de la *Royal Astronomical Society* y *Royal Society* de Londres y posteriormente director del *Astronomical Observatory* de Edimburgo. De sus observaciones astronómicas realizadas en Altavista en el verano de 1856 destacó particularmente el cálculo de la cantidad de las radiaciones termales de la Luna, las medidas de las separaciones de las estrellas dobles y sus colores y el avance en el estudio de Júpiter. En reconocimiento de sus estudios astronómicos se señalaron dos accidentes lunares con el nombre del Teide y Tenerife.

Pero en el siglo XIX el elemento científico se combina con el de aventura. Es el momento de la presencia del viajero alemán, para el cual la ascensión y descripción de la montaña no solamente ocupa un interés lúdico, sino que también va a mostrar una

clara atención exploratoria a la naturaleza de las islas, especialmente la vulcanología, la climatología y la botánica. Son los años que viajaron a Tenerife y ascendieron al Teide los geólogos Karl Friedrich Hartung (1854), Johann Wilhelm Reiss (1858), Karl Georg Wilhelm von Fritsch (1862) Moritz Alphons Stübel (1865), el botánico Hermann Schacht (1857), el naturalista Ernst Heinrich Haeckel (1866), entre muchos otros. Entre ellos se manifestó un especial interés por los estudios meteorológicos. Estos tomaron relevancia en el último cuarto del siglo XIX por la importancia que adquieren las montañas para afrontar la lucha contra la tuberculosis, la enfermedad que azotaba a la humanidad en el siglo. Particular relevancia tiene los intentos germanos de establecer un centro antituberculoso en Las Cañadas del Teide a partir de 1909 por los rayos de sol y la pureza del aire. Colocaron dos casetas cedidas por el Káiser y realizaron importantes experimentos, pero el ambiente prebélico y la rivalidad anglogermana levantaron ciertos recelos suspicacias, porque se creyó que existía una relación directa de sus experimentos científicos con fines militares. Las presiones sobre los científicos alemanes motivaron su retirada en septiembre de 1914.

Por otro lado, el romanticismo y el elemento aventurero favorecieron las excursiones al Teide. Para el viajero del siglo XIX alcanzar la cima de una montaña se había convertido en la culminación de un sueño. Subir las montañas se había convertido en una moda del viajero y temprano turista. La singularidad de la montaña de Tenerife potencia la capacidad de imaginación del viajero, intensifica su creación literaria. A través de los fragmentos de los viajeros decimonónicos, la deslumbrante realidad natural del Teide se eleva a hermoso paraje deseoso de visitar. Lugar conocido pero misterioso, las excursiones a Tenerife con las claras intenciones de subir el Teide –aunque algunos no lo lograrían- se suceden y de esa manera se convierte en lugar de peregrinación. El Teide se vio coronado con la ascensión de los mayores aventureros del siglo. En primer lugar con Richard Francis Burton, 1863, quizá el explorador, viajero, escritor, traductor, militar, etc., que más destacó durante la época victoriana. El otro afamado aventurero imposible de omitir es explorador y geógrafo alemán Hans Heinrich Joseph Meyer, en 1894.

En su cima, a 3.818 metros de altitud, el viajero sentía la sublimidad emocional que deparaba el espectáculo. El ascenso del cráter (*Pan de Azúcar o Pitón*, según el argot canario) era lento y tremendamente agotador, pues el caminante no podía dar un paso sin que sus pies se enterraran hasta la rodilla en la arena y la zahorra movediza. Pero el esfuerzo para alcanzar la cima valía la pena, porque una vez en lo alto del cráter sabían que les esperaba la contemplación del bellissimo espectáculo por el cual habían hecho tanto sacrificio. Tenían que llegar mucho antes del alba, con tiempo suficiente para cruzar el sulfuroso fondo del cráter y permanecer sentados hacia el oriente, esperando emocionados la salida del Sol. Si no era así, el viaje había sido un fracaso. Al borde del cráter, con la mirada fija y bajo un intenso frío, una mancha rojiza surgía en el horizonte. Era el disco solar que poco a poco iba haciendo su aparición a la vez que una variedad de colores se proyectaba sobre la tenue nube que se extendía por el horizonte. Al mismo tiempo que el Sol iluminaba el Teide, se proyectaba el espectro de su sombra en forma de triángulo perfecto sobre el horizonte Oeste, encima de La Gomera. El espectáculo compensaba todo el frío y sufrimientos que los excursionistas habían pasado.

Pero el Teide no sólo comportaba interés científico sino también económico. En efecto, a partir de los últimos años del siglo XIX y primeros del XX la imagen romántica del Teide se va disipando poco a poco y se asiste a su explotación económica, por un lado, industrial y, por otro, turística.

Un aprovechamiento que se realizaba desde el Antiguo Régimen. En la medida en que las cumbres de La Orotava, Ayuntamiento propietario, eran bienes comunales que podían ser utilizados libremente por cualquier vecino para cubrir sus necesidades, los pastores y campesinos pobres de los altos de La Orotava desde muy temprano saneaban algo su maltrecha economía con los recursos que proporcionaba las Cañadas y el Teide. Estaban los que subían a las cumbres para recoger azufre desde el siglo XVI, que se vendía en las ventas de la isla y se exportaba para la Península Ibérica. Su explotación, junto con la piedra pómez, adquirió dimensiones industriales a finales del siglo XIX y buena parte del siglo XX. La burguesía insular se interesa por la comercialización del azufre y la piedra pómez en Las Cañadas y el Teide, y logra permiso para su extracción en julio de 1859, procediéndose a dar licencias en diciembre de 1868. Las solicitudes para la explotación de la piedra pómez y el azufre, no ya sólo en el Teide, sino también en las Cañadas, se multiplican, bien a cargo de personas particulares como de sociedades mercantiles. Una situación que se prolongó hasta bien entrado el siglo XX, hasta que se canceló el 25 de marzo de 1981, tras la formación del primer Ayuntamiento democrático en 1979.

Los campesinos pobres también subían en primavera para recoger el hielo acumulado cuando el Teide se cubría de nieve en invierno. Se les llamaban *neveros*. Desde mediado del siglo XVII la gente de Tenerife mezclaba el hielo con el vino para refrescarlo, razón por la cual desde esa temprana fecha ya se reunía para su venta. Se dirigían a la Cueva del Hielo, a La Estancia de los Ingleses, puntos en las lomas del Teide, para recogerlo en primavera y lo conservaban en algunas cuevas de los alrededores hasta que llegara el verano, para luego bajarlo a La Orotava y otros lugares. Desde el siglo XVIII lo consumía la aristocracia de La Orotava y La Laguna para refrescar los licores o hacer helado en verano. A la vez, los *neveros* hacían de guías de los viajeros que querían subir al Teide hasta la aparición de los guías «oficiales». Pronto empieza también el suministro de hielo para el consumo de las burguesías de los principales pueblos de la isla (el Puerto de la Cruz y Santa Cruz), así como a los hoteles que comenzaron a proliferar con el desarrollo del turismo hasta su ocaso a finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX consecuencia de la elaboración del hielo artificial.

Por último, sectores económicos estrechamente vinculados al incipiente turismo del Puerto de la Cruz organizaron en 1961 “La Compañía Teleférico del Pico de Teide, S.A.” para la instalación del funicular. Las obras comenzaron en el año 1962 y definitivamente el 15 de julio de 1966 el Ayuntamiento de la Orotava concedió la explotación industrial del teleférico en el Teide.

Éstas han sido *a grosso modo* las huellas del pasado del Teide, la montaña más alta del territorio español, que los habitantes de Canarias lo ven desde dondequiera que se mire en el territorio insular, pero que el extranjero reconoce como un gigante de la naturaleza distante, aunque familiar por su legendaria historia. Antes de que el hombre pusiera sus botas sobre él, había sido temida e ignorada y sólo algunos soñaban con hacer una ascensión. Sin embargo, actualmente el Parque Nacional del Teide recibe alrededor de 4 millones de visitantes anuales, con una media diaria de 10.000 personas, siendo pues el Parque Nacional de España más visitado. Para los visitantes, disfrutar del paisaje volcánico, captar a variedad de colores y tonos rojizos, verdes y castaños, ir al encuentro de los tajinastes rojos y las retamas en flor al despuntar el verano, o subir al Teide y contemplar el singular panorama que se extiende a sus pies, es uno de los mayores atractivos turísticos de las islas Canarias.

Hoy, el Estado central y la Comunidad Autónoma Canaria gestionan y velan por la conservación y protección de este rincón de la naturaleza, mientras el pueblo de Tenerife, y de Canarias en general, asiste expectante a que su montaña, el Teide, uno de

los volcanes más legendarios de la Tierra sea declarado Patrimonio de la Humanidad.
Muchas gracias.